

Emilia Perassi

(Universidad de Milán)

Momentos de la presencia de la cultura italiana en América

Traducción de María Dolores Ramírez Almazán

I. . Las relaciones entre Italia y Latinoamérica constituyen una de las páginas más importantes de la historia social y cultural de estos dos mundos. Por otra parte, se trata de una página ya minuciosamente diseñada -especialmente desde el punto de vista literario- por grandes especialistas en la materia. Son de referencia obligatoria Giuseppe Bellini en su fundamental *Storia delle relazioni letterarie fra l'Italia e l'America spagnola*,¹ así como Alma Novella Marani, concretamente en *Relaciones literarias entre Italia y Argentina*,² que circunscribe el examen al área de mayor contacto, en la época moderna, entre Italia y el Nuevo Mundo. Y de no menor importancia es la contribución de rigurosos investigadores, como Aldo Albonico y Gianfausto Rosoli. Su formación como historiadores se refleja claramente en el volumen escrito por ambos, *Italia y América*³ (uno de sus últimos y más notables trabajos, redactado unos pocos años antes de la prematura y desdichada desaparición de los autores). Dada la existencia de estos materiales, quienes se decidan a hablar de la presencia italiana en Latinoamérica no podrán más que resignarse al rol de elaborador pasivo de una síntesis. La podría evitar, remitiendo a las referencias bibliográficas; sin embargo, lo mejor será no jugar con la complicidad de las notas -decepcionando quizá al joven público de este encuentro- y proponer un esbozo de referencias seleccionadas que nos ayuden a comprender, cuanto menos, a lo largo de una serie de momentos emblemáticos, la aportación de la cultura italiana en la configuración de la escena literaria del nuevo continente. Y, si bien brevemente, nos ocuparemos de sugerir algunas de las posibles relaciones entre esta aportación y su apoyo a ciertas formas de reivindicación

¹ Milano, Cisalpino-Goliardica, 1977.

² Roma, Bulzoni, 1992.

³ Colecciones 1492, Madrid, Mapfre, 1994.

americanista. Dedicaremos nuestra reflexión final a un aspecto, probablemente menos conocido (e incluso, me atrevería a decir, que aún por estudiar detalladamente), aspecto de la relación entre las culturas que nos interesan en este marco y que se refiere, concretamente, a la obra de una serie de escritores contemporáneos argentinos, cuyo origen italiano conduce forzosamente a una elaboración, especialmente densa, del espacio situado a ambos lados del océano. Por lo que atañe a esta última materia, es de mención obligatoria el ensayo de Vanni Blengino, *Más allá del océano. Un proyecto de identidad: los inmigrantes italianos en la Argentina*⁴.

II. Para un primer esbozo de la presencia cultural italiana en Sudamérica, resulta útil distinguir dos grandes fases, separadas por el siglo XIX y marcadas por la mutación o, si se quiere, por la distinta articulación en la escala de valores contenida en la percepción de Italia fuera de las fronteras nacionales. La primera de estas etapas, que va desde el siglo XVI a las primeras décadas del XIX, gira en torno a la llegada -celebrada con el entusiasmo debido a los huéspedes de genealogía ilustre- de toda una nación de poetas por antonomasia, nación representada idealmente y en la práctica por sus libros, tras los que se esparce el mito del País de las Artes, el mito de un país de bienestar estético excepcional.

La segunda de estas etapas, en cambio, ocupa todo el *fin de siècle*, caracterizado por el aluvión campesino de emigrantes. A través de ellos, la visión de Italia se materializa mediante el destino histórico de sus hijos, un destino de humildad, de ignorancia, de emigración, alejado de la titánica centralidad de su leyenda poética.

En consecuencia, especialmente a lo largo de la primera fase del desembarco cultural, se vislumbran los signos de una destacada presencia literaria, incidente en algunos de los aspectos de la futura fisonomía cultural del continente. Es imposible no referir, a pesar de su evidencia, la importancia de la imaginación colombina en la confección del mito de América como tierra paradisíaca, mito unido a cual, por primera vez, se propagaría lo que, según

⁴ Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990 (2 ed.).

O'Gorman no fuera un descubrimiento objetivo, sino la invención subjetiva del Nuevo Mundo. El diario colombino, especialmente en la versión que de ella hiciera Pedro Mártir de Anguería (1457-1526) -la conocidísima *De Orbe Novo decades* (Alcalá de Henares, 1539)- condiciona la imagen americana, tanto en Italia como en Europa, convirtiéndola en tierra prometida, de una edad de oro soñada, revelada en aquellos indios que viven felices en la más absoluta ignorancia de la propiedad privada, de la codicia y de la aflicción. La tradición de la crónica que de aquí surgirá⁵ juega un papel esencial en la construcción de la futura identidad americana: le impondrá una naturaleza segunda, como aquella de sueño alternativo frente a la ancianidad europea, sueño en el que precipitarán los viajeros de todos los tiempos -incluso los nuestros-, como exilio o huida de la propia realidad, privada o pública. Al mismo tiempo, será precisamente el hecho de ser germen de un sueño lo que obligará a la cultura y a la literatura del continente a elaborar, como parte integrante de la propia historia, los símbolos de una conquista política y onírica. Más de un escritor hispanoamericano contemporáneo buscará la raíz de una historia de terror (por intrusiones, laceraciones, deformaciones; en una palabra: silencios) precisamente en el relato colombino, impulsor de quimeras y delirios. Piénsese en Abel Posse y en la alusión directa ya en el título de la novela *Los perros del paraíso* (1987), o en Carpentier, con *El arpa y la sombra* (1979), en Homero Aridjis en 1492. *Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla* (1985), en algunos memorables episodios de *El otoño del Patriarca* (1975) de Gabriel García Márquez. Igualmente significativo, si bien quizá más "limpio" desde el punto de vista ideológico, es el momento que señala el apogeo de la cultura italiana del Renacimiento, cuyos modelos llegan a través de una España impregnada de italianismo. Alfredo Ruggiano refiere esta influencia entre los capítulos de la "conquista espiritual de América"⁶. Cultivada en cenáculos, fomentada por mecenas, reproducida en infinitas *silvas, túmulos y parnasos*, la poesía "fecha al itálico modo" ve su primera

⁵ Sobre el tema, además del indispensable A.GERBI, *La natura delle Indie Nove*, Milano-Napoli, Riccardo-Ricciardi, 1975, vid. G.GLIOZZI, *Adamo e il Nuovo Mondo. La nascita dell'antropologia coloniale: dalle genealogie bibliche alle teorie razziali (1500-1700)*, Firenze, La Nuova Italia, 1977; AA.VV., *La scoperta colombiana e la cultura europea contemporanea, Actas del Congreso Internacional*, Erice 22-27 aprile 1992, Accademia di Scienze, Lettere e Arti, Palermo, 1993; R. ROMEO, *Le scoperte americane nella coscienza italiana del Cinquecento*, Bari, Laterza, 1989 (nueva edición ampliada).

y más prestigiosa compilación en el *Túmulo imperial [en muerte de Carlos V]* (1560) de Francisco Cervantes de Salazar, donde el modo antiguo -es decir, el clásico latino- y el moderno -el modo renacentista italiano- se funden,

“[...]a modo de despedida monumental, aparatosa, de la presencia de lo medieval católico de la poesía oficial, para dar paso a la poesía individualizada, abierta, creadora, de la modalidad lírica iniciada por Petrarca y nacionalizada el mundo hispánico por Garcilaso, Fray Luis, Gutierre de Cetina.”⁷

Y de la misma manera, Roggiano sugerirá que, en un cierto sentido, las obras impregnadas de italianismo transforman América en Arcadia, si bien por otro lado, originan la expresión una realidad local más directa en las formas de la mitología, de la actitud lírica, del vocabulario paisajístico. De la fusión con los modos y los motivos europeos resultará "un ingrediente destinado a futuras realizaciones en la poesía americana"⁸. Entre las muchas referencias de aquellas futuras realizaciones, me viene a la memoria "el estómago fuerte" que Girondo, en su "Carta Fraternal a Púa"⁹, entiende como rasgo del organismo poético de la América Hispánica y que los modernistas de Brasil convertirán en metáfora de la propensión al canibalismo presente en la literatura continental; ambos -los modernistas y Girondo-, señalando la capacidad de asumir y metabolizar como propias las aportaciones foráneas, transformando la escritura en un ritual de apropiación, de conquista de los modelos importados por la colonia.

Una versión esencial de esta forma de italianismo, que introduce en la colonia el primer gran itinerario cultural como alternativa al itinerario de raíz peninsular, se palpa en la actitud erudita de Garcilaso de la Vega, "El Inca" (1539-1619), cuya biblioteca -nos descubre Durand-¹⁰ está repleta de autores italianos:

⁶ A.ROGGIANO, "Poesía renacentista en la Nueva España", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 28, 2º semestre de 1988, p.68.

⁷ *ibidem*, p.71.

⁸ *ibidem*, p.77.

⁹ O.GIRONDO, *Venti poemi da leggere in tramvai*, edizione bilingue a cura di I.Bajini, Milano, Viennepierre Edizioni, 2001.

¹⁰ J.DURAND, "La biblioteca del Inca", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, II, 3, 1948, pp. 239-264.

Dante, Petrarca, Bembo, Ariosto, Tasso, Aretino, Ficino, Dolce, Giraldi¹¹... A través de ellos, los modelos extraídos de la historiografía romana dan origen, en la *Florida* (1605)¹² al paralelismo entre estos dos mundos, el mundo incaico y el mundo de la antigüedad clásica, entre Cuzco y Roma. Al mismo tiempo, con el fin de dar sustancia a la simetría de la comparación, imponen al autor el afán de estudio, de documentación y de reconstrucción, que logra colmar el silencio en torno al pasado prehispánico. Dejando a un lado la idealización que intensifica el pasado común, en el Inca permanece la intuición de la historia como laguna, vacío o negación; es decir, la intuición de una historia ideológica, igualmente destinada a elaboraciones conscientes en la literatura hispanoamericana contemporánea. Entre sus núcleos esenciales, núcleos que yo me atrevería a considerar incluso obsesivos -pensemos en el programa de *Canto General*-, se halla justamente la urgente necesidad de escribir la historia americana y, al mismo tiempo, de substraerla a la censura propuesta por la historiografía colonialista, de devolverla a la memoria colectiva, gracias a una serie de libros-monumento (*La Florida, Canto General, Cien años de soledad, Terra nostra...*).

Volviendo a la cronología, y según todos coinciden en señalar, el esplendor de la cultura italiana se atenúa a partir del siglo XVII. Sus modelos estéticos poco a poco irán perdiendo el vigor y la capacidad de convicción, hasta llegar a verse completamente marginados en la vía hacia el gongorismo. Y, si bien los italianos siguen siendo muy leídos, son cada vez menos imitados. Sus obras se hallan en las bibliotecas o en los catálogos de los librerías, pero ahora sólo significan erudición, ya no fermento. Resulta totalmente significativo -recuerda Bellini- que la producción de Sor Juana acuse un conocimiento de la cultura italiana breve y superficial¹³. Lo mismo podría decirse del siglo XVIII, si no fuera por la labor de conjunto -digna de toda atención- que representa la obra de los jesuitas expulsados de la América española en el 1767 y refugiados, prácticamente en su totalidad, en Italia. Desde el lejano exilio, celebran con

¹¹ Sobre la centralidad y el reflejo de la etapa italiana en el mundo hispánico, véase el estudio detallado de G. BELLINI, "Italia, España, Hispanoamérica. Una comunidad literaria renacentista", *Studi di letteratura ispanoamericana*, 33, 2001, pp. 45-85.

¹² Vid. A. ALBONICO, "Introduzione" e "Bibliografia", en Garcilaso de la Vega, "L'Inca", *La Florida dell'Inca*, traducción de G. Silvani, glosario y notas de P. Pecchi, Milano, Edizioni San Paolo, 1996, pp. 6-71.

¹³ G. BELLINI, *op.cit.*, p.59.

nostalgia el paraíso perdido, idealizándolo en parte, claro está, aunque al mismo tiempo, defendiendo su originalidad y autonomía. En este contexto, destaca la *Rusticatio mexicana* (Modena, 1781; con posteriores ampliaciones en la edición de Bologna, 1782) del jesuita guatemalteco, Rafael Landívar (1731-1793), canto a la belleza de México y Guatemala que, desde distintos aspectos, merece un lugar destacado a lo largo de la vertiente americanista, inaugurada por el Inca y, más tarde, precursora de comportamientos propios de la poesía hispanoamericana del XIX. Nacidos del recuerdo, los “estupendos exámetros latinos”¹⁴ de Landívar, ya constituían para Menéndez y Pelayo el punto intermedio de la reapropiación del mundo, llevada a cabo por la literatura hispanoamericana, a mitad de camino – al menos- entre la *Grandeza mexicana*- (1604) de Balbuena y las *Silvas americanas* (1823; 1826) de Andrés Bello¹⁵. Sin exilio –comenta Bellini- probablemente el poema nunca habría sido escrito puesto que “no estaría presente el motivo inicial, de naturaleza exquisitamente sentimental, espiritual”¹⁶. Sin exilio, habría sido más ardua la expresión de una conciencia americanista, entendida en su primera manifestación como reflejo de un decidido antiespañolismo. El hecho de que esa conciencia se exprese como magnificación de la cultura nativa y como reivindicación de una historia por escribir será el siguiente paso de la literatura jesuítica de la expulsión. En estas formas de magnificación y de reivindicación cuenta, básicamente, el peso de las obras destinadas a instruir la práctica de la *calumnia de América*, observada claramente bajo el prisma de los recursos más conservadores del iluminismo europeo y cristalizada en el ensayismo monumental de De Pauw, Raynal y Robertson¹⁷, entre otros. Los aspectos más extremos de la calumnia son sabidos: la América española se considera una tierra de inferioridad natural, congénita; la natural

¹⁴ L. A. SANCHEZ, “Rafael Landívar”, en *Escritores representativos de América*, Madrid, Gredos, 1957, p. 163.

¹⁵ M. MENENDEZ Y PELAYO, *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid, CSIC, 1948, II, p. 220.

¹⁶ G. BELLINI, *Storia delle relazioni...*, op. cit., p.59.

¹⁷ C. Buffon, *Histoire naturelle, générale et particulière* ..., Paris, 1749; G. T. Raynal, *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, Amsterdam, 1770; W. Robertson, *History of America*, London, 1777; C. De Pauw, *Recherches philosophiques sur les Américains ou Mémoires intéressants pour servir à l'histoire de l'Espèce Humaine*, Berlín, 1798. Sobre la polémica filo y antiamericanista, vid. A. GERBI, *La disputa del Nuovo Mondo. Storia di una polemica (1750-1900)*, Milano-Napoli, Ricciardi, 1955 y A. ALBONICO, “Studio introduttivo”, en G. CARLI, *Delle lettere americane*, CNR (Progetto Strategico Italia-America Latina), Roma, Bulzoni, 1988.

tendencia del continente a la degeneración impregna todo cuanto toca; los indígenas resultan ser su producto animal; por su parte, los europeos sufren los efectos de la tropicalización, que significa pérdida de su igualmente natural excelencia. Es famosa la respuesta del jesuita Francisco Xavier Clavijero (1731-1781), en su voluminosa *Storia antica del Messico*, publicada en Cesena entre 1780 y 1781, redactada en italiano e sólo posteriormente traducida al español. Valiéndose nuevamente del modelo de Garcilaso, Clavijero propone un nuevo paralelismo, el paralelismo entre Tezcoco y Atenas, entre la civilización del México Antiguo y la civilización de la Grecia Clásica. De un modo mucho más evidente que en el Inca, a partir de ahora se apreciará ese saldar cuentas con el complejo de inferioridad típico de la cultura latinoamericana respecto a la cultura europea¹⁸.

A la recuperación de la tradición y el prestigio de las civilizaciones nativas, se une la acción de aquellos eruditos, bibliófilos y anticuarios que recorren incansables la América del s. XVIII, encarnado en esa ocasión la vertiente más progresista del “Siglo de las Luces”: la curiosidad intelectual. De entre todos ellos, imposible no recordar a Lorenzo Boturini Benaduci (1702-1755), natural de Sondrio en Lombardía, sediento de antigüedades aztecas. A pesar de que la aduana interviene el numeroso material recopilado, Boturini reconstruye de memoria la lista, consiguiendo compilar un primer *Catálogo del Museo indiano*, que posteriormente confluiría en el proyecto de *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional* (Madrid, 1746). Entre los materiales de base, una recopilación de este tipo no deja en un segundo plano todos aquellos a los que Roberto González Echevarría considera libros fundadores de la historia de la cultura y la literatura hispanoamericana, cuando enumera, entre los más célebres, los catálogos de Antonio León Pinelo (Perú, finales del XVI – 1600), Nicolás Antonio (España, 1617, 1684), Juan José Eguiara y Eguren (México, 1695-17639), José Maria Beristain y Souza (México, 1756-1817)¹⁹.

¹⁸Sobre los efectos de la literatura de los jesuitas expulsados y sobre el ideario independentista *vid.* E.PERASSI, “Studio introduttivo”, in F. D’Alva Ixtlilxochitl, *Orribili crudeltà dei conquistatori del Messico*, Roma, Bulzoni, 1990, pp. 9-51.

¹⁹ R. GONZALEZ ECHEVARRIA, “A brief History of the History of Spanish American Literature”, en

III. Tal como se ha señalado al principio, mucho más problemático resulta el carácter de la presencia de la cultura italiana en la América del siglo XIX, en la que hemos considerado –en virtud de una mayor claridad expositiva– segunda fase del contacto entre los dos mundos. Naturalmente, pervive el interés por la literatura de la península, especialmente, por aquella literatura en sintonía con los principios independentistas. Un autor de culto será, sin duda alguna, Alfieri (1749-1803) por su rebelión ante la tiranía pero, igualmente, destacarán Vico con su *Scienza Nuova* (1725) –que señala, entre los principios esenciales de la razón, de la justicia y de la convivencia pacífica, la esencia del espíritu de las naciones; o Beccaria con *Dei delitti e delle pene* (1764). Tampoco se olvidan de Foscolo (1778-1827) ni mucho menos, de Leopardi (1789-1837), cuyas huellas resultan claramente visibles en Manuel González Prada (Perú, 1744-1818) y, posteriormente, en Julián del Casal (Cuba, 1863-1983), José Asunción Silva (Colombia, 1865-1896), Manuel Gutiérrez Nájera (México, 1867-1916). Es igualmente importante en los modernistas su capítulo de pasión por Italia, relatada mediante experiencias de viaje. Entre los turistas más efusivos se encuentra, sin duda, Rubén Darío, con un entusiasmo totalmente literario cuando se dirige a la Patria de las Artes y de los Poetas, territorio de un sueño de retorno (respecto al colombino), que como tal, persigue la retórica de la mitificación como fórmula de extrañamiento de la historia. Basten como prueba sus palabras aquí recogidas:

“Italia ha sido para mi espíritu una innata adoración; así en su mismo nombre hay tanto de luz y de melodía, que eufórica y platónicamente, pareceme que si la lira no se llamase lira, podría llamarse Italia.”²⁰

Y si hablamos de viajes, incluso los futuros, entonces es preciso recordar, por lo menos, la Florencia de Manuel Mújica Láinez, transcrita con exaltación pictórica en *Bomarzo*; o la Venecia de Miguel Ángel Asturias, a la que dedica *Sonetos venecianos* (1965) y en la que encuentra el descanso desde el exilio y la

R. González Echevarría and E.Pupo-Walker (ed.), *The Cambridge History of Latin American Literature*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, vol. I (“Discovery to Modernism”), pp. 7-12.

²⁰ R. DARÍO, *Diario de Italia*, en *Obras completas*, Madrid, Aguado, 1950, III, p. 505.

inspiración para la inaudita *Clarivigilia primaveral* (1965). Puesto que nos situamos en el siglo XX, se da por descontada la relación entre Borges, Dante y Ariosto; entre Neruda y Petrarca, modelo en el *Cancionero* para los *Veinte poemas de amor* (1924); entre el Carpentier de *Concierto barroco* (1974) y la música operística italiana, el baile de máscaras del carnaval veneciano...

Pero esta Italia magnífica, aún espacio de inagotable seducción poética, continúa siendo –tanto para los autores del XIX como para los del XX– en el fondo, una Italia menor, fantástica e irreal, en las figuras de una visión completamente subjetiva y, quizá, de alguna manera, estereotipada; o, si se quiere, una visión que reniega de aquella Italia incómoda, fuera del canon y de escaso prestigio que en América comenzó a representarse tras el aluvión migratorio que vino a ocupar parte del continente desde principios del XIX, llegando a transformar el aspecto demográfico de algunas naciones americanas, especialmente Argentina, y a complicar sus ya dificultosos mecanismos en la construcción de una identidad colectiva.

Es a ahora cuando el mito debe enfrentarse a la realidad: una realidad atormentada, a menudo miserable y, claramente, marcada por las heridas de la ruptura con sus orígenes y por las dificultades de inserción en la sociedad de acogida. La materia, como ya se ha dicho, cuenta hoy con una inagotable bibliografía, a la que me remito²¹. Sin embargo, en esta velocísima incursión, me interesa resaltar básicamente la evolución de la imagen de Italia en Latinoamérica: creada, no desde el ideal del libro, sino desde la realidad del Hombre; esa percepción se modifica notablemente, contemplando en algunos casos las funciones degradantes que arremeten contra las transfiguraciones terrenales del mito; en estas formas de transfiguración, lo italiano asume el valor de alteridad amenazante. La literatura argentina se encarga de soslayar tal amenaza mediante la retórica de la deformación grotesca, representando al emigrante bajo el aspecto del bruto, vil e ignorante. No obstante, la sociedad argentina, se verá obligada por las circunstancias a reformularla, precisamente porque la realidad definitivamente humana, la italiana, terminará por arraigarse en

²¹ Para la bibliografía italiana, *vid.* A. ALBONICO, “Bibliografía comentada”, en A. ALBONICO-G. ROSOLI, *op. cit.*, pp. 421-432.

el marco de la representación de la identidad, a partir de los interminables desembarcos migratorios. No obstante, la reestructuración de la autorrepresentación social y cultural es extremadamente compleja, viéndose a veces cimentada en la negación de una identidad plural, en lugar de la afirmación y el reconocimiento de esa pluralidad. De ahí, la diagnosis reiterada de enfermedad profunda, de un desgarramiento que impide la configuración de la identidad colectiva, destacada en el conjunto de la sociedad argentina. Entre los más lúcidos análisis de la paradoja generada por el malestar, se halla, sin duda, el estudio de Rosalba Campra, quien pone el dedo en la llaga de la desrealización que daña esa cultura, negándose a reconocerse en su reciente heterogeneidad, o si se quiere, modernidad. Volviendo a la época histórica de la institución de esta patología cultural, Campra manifiesta:

“Recorriendo el *Martín Fierro*, de Hernández (1872, 1879), el *Juan Moreira* de Gutiérrez (1779-1880), *La Gringa*, de Florencio Sánchez (1904), *El casamiento de Laucha*, de Payró (1906), encontramos una galería de italianos rapaces, cobardes, mezquinos, traidores, incapaces de expresarse, taimados, ladrones... Ahora bien, entre 1859 y 1869 habían entrado cuatrocientos mil inmigrantes (porcentaje de extranjeros en la población, 13,8%); entre 1869-1895, dos millones (24%); entre 1895 y 1915, cuatro millones (42,7%). Dentro de estas cifras, los italianos constituyen el 34% en 1869; el 49% en 1895; el 40% en 1914. Una representación que significa demonizar la mitad de la Argentina, ¿no es acaso una autoanulación?”²²

IV. Cerrando el estudio que acabamos de mencionar, en relación con el proceder de la negación/autoanulación como rasgo constante de la literatura argentina, Rosalba Campra sugiere con acierto la idea de ruptura:

²² R. CAMPRA, “Gauchos, inmigrantes, compadritos: argentinos”, *Revolución y cultura*, (La Habana), 6, noviembre-diciembre de 1998, p.20.

“ [...]lo que se juega, de ahora en más, es la instalación de nuestra pluralidad en el centro de un lugar común. Es decir, en la conciencia del espacio americano como lugar de y para todos, compartido con una misma intensidad y un mismo derecho.”²³

Lejos del lugar común “Argentina como figura de la separación” y dentro del lugar común “Argentina como figura recuperada de la integración”. La urgente necesidad de este proyecto me parece claramente recogida por una parte considerable de la literatura argentina contemporánea, capaz de experiencias narrativas de un gran relieve simbólico, tal y como son las de Saer, Aira, Fogwill o Belgrano Rawson²⁴. E igualmente interesante resulta una observación (sobre la que seguramente se deberá profundizar en un futuro) a cerca del papel que están desempeñando una serie de escritores argentinos de origen italiano en el proceso de renovación de la representación cultural. Me refiero, en concreto a Syria Poletti, Mempo Giardinelli, Héctor Bianciotti y Antonio dal Masetto. El contraste de cuatro de sus novelas -*Gente conmigo*²⁵, *Santo oficio de la memoria*²⁶, *Ce que la nuit raconte au jour*²⁷, *La tierra incomparable*²⁸- dibuja un retrato realista de la historia de la inmigración italiana en Argentina, una especie de radiografía que reproduce, en el espacio que separa estos dos universos, las fracturas y las recomposiciones que habitan en la identidad cultural del inmigrante, al principio extranjero, más tarde ciudadano americano. En el centro del mural, predomina la figura de la separación, de la desgarradora experiencia, interiormente dramática, del viaje migratorio, vivido como una auténtica tragedia. La ruptura con sus orígenes presenta el carácter de absoluta violencia perpetrada sobre el mundo de los afectos primarios: en Poletti y en Giardinelli, tal violencia se concentra en el desgarramiento de las familias, obligadas a

²³ *ibidem*, p.25.

²⁴ Me refiero sobre todo a estas novelas: Juan José Saer, *El entenado* (1988); César Aira, *Ema la cautiva* (1981) e *La liebre* (1991); Eduardo Belgrano Rawson, *Fuegia* (1991); Rodolfo Enrique Fogwill, *Los pichiciegos. Visiones de una batalla subterránea* (1994).

²⁵ S.POLETTI, *Gente conmigo*, Buenos Aires, Buenos Aires, 1967 (1ª ed.: 1957).

²⁶ M.GIARDINELLI, *Santo oficio de la memoria*, Santa Fe de Bogotá, Norma, 1991.

²⁷ H.BIANCIOTTI, *Ce que la nuit raconte au jour*, París, Grasset, 1992.

²⁸ A. DAL MASETTO, *La tierra incomparable*, Buenos Aires, Planeta, 1997 (1ª ed.: 1994).

abandonar a los más pequeños o a los incapacitados, *Gente conmigo*, *Santo oficio de la memoria*, *Ce que la nuit raconte au jour*, *La tierra incomparable* que se transforma en el signo de esa forma consciente de sufrimiento que connota – como rasgo primordial- la experiencia de la inmigración. Una forma de aniquilamiento interior termina generándose a partir de esta forma absoluta de separación, un aniquilamiento que será la vía principal de la humillación, sentida por el inmigrante como culpa, como incapacidad de unos padres a la hora de garantizar la seguridad de sus hijos, en el hecho de ser los artífices de un abandono cruel. Los progenitores que llegan a aquella “tierra de promisión que [Argentina] no era”²⁹ para fundar allí su nueva familia, carecen de los atributos heroicos requeridos a los fundadores: son más bien almas en pena, doblegadas por el sentimiento de culpa, con la mirada perdida en el recuerdo del pasado italiano, obligados a un futuro argentino.

Seguidamente, la narración de este éxodo parte de una premisa inadmisibile: la huida de los sufrimientos originarios no es un viaje de liberación, ni de esperanza (más que económica); sino más bien un navegar a los infiernos, con una suscripción a la condena -sentida como perpetua- por haber dividido lo que había nacido para permanecer unido: la familia. El arribo al nuevo mundo es un acontecimiento marcado por un inevitable carácter de ausencia, que se amplifica en el contraste (igualmente confuso) con un espacio geográfico y social, percibido como territorio de quebranto. En las novelas antes mencionadas, la representación de esta Argentina del arribo llega a ser emblemáticamente fantasmagórica: la figura del monstruo que devora a padres, madres, hermanos, en Sira Poletti; en Giardinelli, el espacio de la desintegración, cristalizada en el símbolo de la nave y del puerto como signos de la eterna espera del reencuentro, de la recuperación de los afectos compartidos. En Dal Masetto, es la casa transitoria, que nunca se llega a poseer definitivamente, otra vez en el sueño del retorno a la patria que sanará –al final del exilio- la ruptura originaria. En Bianciotti, la percepción se vuelve metafísica, una metafísica del vacío, de la suspensión incierta: la caracterización como “*terre sourde aux grands espoirs*”

²⁹ S. POLETTI, *op.cit.*, p. 153.

(p.52), di “néant géographique” (p.75) , “création interrompue, à l’abandon” (p. 190), rostro de la “dispersion, de la dissolution dans le vide [...] manière du néant perceptible” (p.243) presenta los rasgos que definen el país de la angustia, el país de la Caída.

Entre los fundadores, es decir, la primera generación de inmigrantes, el recuerdo de Italia se convierte en obsesión y, como tal, no es memoria pacificadora, sino confirmación del desarraigo, de la pérdida. De un modo especial, en Giardinelli y en Poletti, es éste el núcleo simbólico que dolorosamente yace en la base de la cultura del inmigrante, que lo hace incapaz de edificar su propia y nueva realidad. Interviene entonces la escritura para cambiar radicalmente el planteamiento de la historia del italiano en América. En este sentido, se proyecta un relato del éxodo que reformula el tema de la herida, del desmembramiento del cuerpo originario (familiar, nacional...): la renuncia a asumir como esencial en la identidad del emigrante el signo de la marginación (como automarginado y como marginado por los demás); para reflexionar de forma positiva en la función edificadora del emigrante, principal co-autor (en el momento de rendir cuentas a la historia) de la fisonomía de la Argentina moderna, la Argentina posterior al diluvio, es decir, en el periodo posterior a las grandes oleadas migratorias. En este sentido, especialmente en *Santo oficio de la memoria*, la función de la escritura (concretamente, de la escritura de la memoria) radica en orientar una reescritura de la historia de la emigración, basada en un cambio radical de la perspectiva de la autorrepresentación del italiano. Se encarga de promover la transformación de la figura matriarcal: la abuela, como antepasado y fundadora de la familia de los Domeniconelle, una especie de versión argentina de los Buendía. Le corresponde a ella transformar el sentido de miseria originaria del grupo, saldando una deuda cultural contraída con sus propios orígenes: una vez en América, la abuela siente un ansia de cultura; inventa para sus hijos y sus nietos cuentos que se alimentan de la imaginativa y riquísima lectura de la *Divina commedia*, que viene a recordar la grandeza de la que proceden, la fuerza cultural patrimonio del grupo, la vocación a dejar atrás las fronteras y a convertirse en legado indiscutible y compartido. Sólo desde esta

forma de memoria eufórica puede partir la toma de posesión del espacio argentino, que coincide con la reconquista de una identidad positiva, ya no basada en un sentido de vacío sino en un sentido de plenitud. Pietro, el último de los descendientes de la familia, exiliado de la Argentina de las torturas y de las dictaduras, que ya no se considera italiano, sino argentino, acabará cerrando el ciclo político inaugurado por los abuelos socialistas, al sumarse a esa comunidad moral que realmente está construyendo América Latina, una comunidad en la que las utopías no necesariamente mueren y en la que los sueños pueden ser reflejo de la realidad.

Reapropiarse de la historia del continente como historia hecha (no a través de las fronteras, sino a través de los espacios comunes) parece marcar, en estas novelas, un nuevo punto de partida para la identidad colectiva, asumiendo realmente su pluralidad; y no sólo gracias a esa integración que la literatura hispanoamericana había reclamado por la vía de la reconciliación con el pasado indígena, sino también ahora gracias a la conciliación con el propio pasado extranjero.

Creo que asumir el hecho de que la historia de la sociedad contemporánea no pueda concebirse como historia étnica, sino como experiencia comunitaria, se refleja asimismo de una forma singular y valiosa en la literatura italiana. Me refiero a una corriente de escritores –Bafile, Rigosi, Carlotto, Carducci³⁰, entre otros- que habla de América no como otro lugar o como lugar de otros, sino como cosmografía de la fusión de historias que muestran la fragilidad de la idea de límite y, al mismo tiempo, reafirman la solidez de la idea de contacto y adhesión. La Venezuela de Bafile, el México de Rigosi y Carducci, la Argentina de Cacucci son puntos de un mapa donde Italia y América olvidan el océano y encuentran, en el espacio de la memoria de los jóvenes que en todas las latitudes han dado su vida por la lucha contra la violencia, la dictadura o la injusticia, una dimensión concreta desde la que hablar de realidad.

³⁰ G. BAFILE, *Inchiesta a Caracas*, Palermo, Sellerio, 1989; G. RIGOSI, *Come le nuvole sopra Veracruz, Faenza*, Mobydick/Cooperativa Tratti, 1998; M. CARLOTTO, *Il fuggiasco*, Roma, Edizioni e/o, 1998 y *Le irregolari. Buenos Aires Horror Tour*, Roma, edizioni e/o, 1998; P. CACUCCI, *La polvere del Messico*, Milano, Feltrinelli, 1992 y *Demasiado corazón*, Milano, Feltrinelli, 1999.